
MICHEL BASTIT. *Le principe du monde. Le Dieu du philosophe. Les Presses Universitaires de L'IPC, Paris, 2016*

Comienza el autor advirtiendo que su obra es “*un libro de filosofía primera y, particularmente, de teología natural*” (p.7). Su objeto es establecer la realidad de un primer principio del universo que tal vez pudiera identificarse luego con Dios, a partir de la exploración de algunos de los atributos de ese principio.

El enfoque no parte de verdades religiosas sino de la pura racionalidad filosófica, que se indica como una metafísica apoyada en una física. El desarrollo apuntado podrá entrecruzarse con afirmaciones religiosas, pero solo como contactos accidentales respecto de la línea de investigación intentada.

Los enunciados respecto de los atributos del Primer Principio refieren el momento final de la metafísica, pero suponen otros principios sapienciales indispensables, como sustancia y accidentes, acto y potencia o materia y forma.

Bastit insiste en que la teología filosófica, como parte de la metafísica, solo puede afirmar la realidad de un primer principio a partir de una perspectiva física que alcance una explicación causal del movimiento universal. Metafísicamente esa causa podrá entenderse como una causa del ente móvil. De ahí que advierta que no debe sorprender que una buena parte de su trabajo se dedique a la demostración física de la realidad del principio.

En el capítulo I se detiene el autor en las creencias religiosas que, a partir de la experiencia del mundo, proveen un primer acceso confuso al principio, el cual deberá reexpresarse científicamente en un conocimiento preciso, como una teología filosófica y también como una ciencia teológica.

Bastit recorre las creencias religiosas destacando la afirmación universal de un principio supremo. Ante la crítica del ateo al creyente que hace filosofía responde que de la mera negación de Dios no se sigue un argumento demostrativo. Señala asimismo que toda creencia religiosa se asienta en una experiencia del mundo físico, a partir de la cual se eleva a un orden de transcendencia. El autor indica que el paso intuitivo de lo físico a lo divino, pese a conducir a soluciones confusas y al recurso al mito, acierta en la dirección para la investigación estrictamente filosófica.

La filosofía es apetito de la sabiduría, que es la búsqueda de una realidad a partir de la cual todo se explica y se ordena. Las ciencias experimentales no llegan a ese principio, pero brindan los estímulos necesarios para alcanzarlo. El principio buscado debe explicar el ente físicamente móvil.

En el capítulo II se examina el procedimiento inductivo probabilista de Swinburne para convencer de la realidad de Dios, pero se entiende que, aunque su opinión sea verdadera, permanece siempre como probable. Aclara Bastit que, aunque se venga de la fe, la demostración de Dios implica probar una realidad e identificarla con lo que se entiende por Dios. No es la demostración de un teísmo sino la demostración filosófica de Dios.

Se cita luego a San Anselmo, que busca un principio que incluya en sí su misma realidad. Pero la filosofía, como la ciencia, debe proceder inductivamente en busca de una explicación causal.

En el capítulo III aborda el argumento de Anselmo y concluye que se trata de un paso ilegítimo de la mente a la realidad. Asimismo, desestima las especulaciones de Gödel y Plantinga, porque no prueban la necesidad de la realidad de Dios.

El capítulo IV estudia el comienzo y el fin. Cita a W. Craig que argumenta que todo lo que comienza a ser tiene una causa de su comenzar a ser y como el universo ha comenzado a ser, es necesariamente causado. Bastit lo conecta con el modelo del *big bang* y niega que hablar de un comienzo pruebe que hay una primera causa. Como la creación funda el ente móvil el tiempo depende de la realidad creada, de manera que podría entenderse una creación sin comienzo. La confusión de comienzo y causa induce a poner un comienzo al causar, lo que implica introducir temporalidad en Dios.

A continuación, examina el argumento teleológico entendido por Plantinga como el diseño inteligente a partir del obrar humano como productor. Se trata de concebir la creación al modo de una fabricación del hombre. A eso se le opone que no tenemos experiencia de la creación como producción, toda vez que es *ex nihilo*. Por lo demás el universo no es un artefacto. La finalidad debe establecerse desde el estudio de las realidades físicas y no como un postulado lógico. Se menciona aquí el tema del mal, pero no se lo trata, indicándose tan solo que el mal depende del bien para manifestarse incidiendo en las cosas buenas.

Se presenta asimismo el argumento teleológico de Swinburne: si Dios es debe ser bueno, porque el bien de cada cosa es procurarse lo mejor para ella, como lo muestran las realidades físicas

que conocemos, de modo que es muy probable que Dios sea. Bastit destaca que el argumento sostiene que el bien no es otro estado de la cosa sino un estado mejor. Sin embargo, hace ver que, como en los demás argumentos que viene exponiendo, no se alcanza a demostrar que Dios es, de modo que mal puede decirse que sea bueno si no es.

De los argumentos de Swinburne y Plantinga se rescata el recurso a la realidad física, lo cual indica claramente que el estudio del mundo físico es un momento crucial de la argumentación demostrativa de Dios. Bastit indica que la finalidad debe llevarse a la captación filosófica rigurosa, planteando una causa final que mueva a la causa agente.

En el capítulo V se dice que la investigación filosófica asume la búsqueda del primer principio de dos modos: como un principio del movimiento o como un principio del ente. Pero los entes de nuestra experiencia son los entes corpóreos que son móviles.

De modo que hay ciencia experimental, la física (*physique*) con minúsculas, la filosofía del ente móvil, que llama Física (*Physique*) y metafísica, que presenta como la ciencia de las realidades no sensibles. La ciencia experimental o física ilumina la Física y la filosofía primera está obligada a recurrir a la Física para demostrar el primer motor.

La ciencia física matematizada asume el ente hilemórfico en su concretividad, mientras que la Física alcanza los principios de este, como materia y forma. Pero es la misma investigación científica la que suscita en el físico preguntas que deben reservarse a la Física que estudia los principios de los cuerpos. Física y física deben ponerse al servicio de la metafísica. En la línea de lo señalado el autor distingue entre la cosmología, como parte de la ciencia física, y la Cosmología como parte de la Física filosófica. Ambas ciencias comparten su universalidad restringida a las realidades corpóreas. La cosmología debe atender a los datos del conocimiento sensible para no perder contacto con la experiencia, pero la Cosmología debe acoger la investigación científica para encontrar conocimientos incorporables a la reflexión filosófica. Bastit cierra el capítulo indicando que es la Física la que debe alcanzar el primer motor, que la metafísica reconocerá como inteligente y personal, Dios.

En el capítulo VI se aborda la permanencia de las sustancias en el espacio-tiempo, que se enmarca en el movimiento de las realidades físicas. Se examinan las pruebas desde el movimiento, comenzando por la Física de Aristóteles. Para explicar los movimientos del universo se demuestra un Primer Motor, realidad

inmóvil, plenamente actual y espiritual. La cuestión es retomada en la Metafísica, como una causa de la realidad de los entes, en cuanto que ese primer principio es causa última del movimiento de generación y corrupción de las cosas que se mueven. El contexto de la investigación aristotélica le permite asentar su tesis:

...conviene retomar la tesis de la realidad de un Primer Motor en la Física. Una vez establecida su existencia, la Metafísica extrae todas las consecuencias del carácter puramente actual del Primer Motor, de aquí en adelante identificado con Dios, estableciendo así una ciencia necesaria de aquello que le cumple. (p.108).

Nos dice que Santo Tomás admitirá una prueba metafísica por el movimiento, mientras que Anselmo y Escoto se inclinan a argumentos lógico-transcendentales. Suárez vive el espíritu del abandono progresivo de la física aristotélica propio de su tiempo y negará que el medio físico pueda acceder a una demostración de Dios.

La ciencia moderna (Copérnico, Galileo, etc.) y la filosofía cartesiana conducen a un mecanicismo, que incluye la potencialidad infinita del movimiento, que es concebido en abstracto, sin referencia inmediata a la cosa móvil. Con lo cual cada observador tiene su propio centro de captación del movimiento. Con Newton aparecen el espacio y el tiempo infinitos y, desde allí, el abstractivismo del movimiento se desarrolla hasta encontrar en Einstein el tiempo como referido a las estructuras de referencia, donde los movimientos son a la vez espaciales y temporales en el modelo cuatridimensional que se postula. Bastit destaca que la relatividad es universal por abstracción, mientras que la mecánica cuántica es universal por el fundamento, porque se desarrolla desde la constitución básica de la materia. Ambas posiciones solo pueden armonizarse mediante una integración de la cuántica con la relatividad o como una cuantización de la relatividad. Sin embargo, la superioridad del espacio-tiempo dista mucho de ser algo evidente. Por lo demás es un modelo matemático exterior a las realidades físicas, las que quedan inexplicadas con él, precisamente porque el modelo matemático es solo un ente de razón. El espacio-tiempo supone la materia, no la causa, de manera que corresponde primero explicar la materia. Una solución es reducir la sustancia al espacio-tiempo como única sustancia, pero no pasa de un postulado mental. Lo que en verdad ocurre es que los objetos cuatridimensionales remueven de lo real a los tridimensionales. En definitiva, se trata de explicar la realidad desde un postulado de razón.

La experiencia verdadera es de realidades hilemórficas tridimensionales, que se mueven y que tienen partes necesarias que no pueden perder, subsisten y gozan de independencia en cuanto singulares. Es la forma de la cosa la que dispone esa realidad hacia el

movimiento apetitivo de su perfección. Son además generables y corruptibles. Bastit es claro al sostener la prioridad de las cosas corpóreas y familiares como constitutivas de nuestra experiencia de lo real. Las partículas aparecen como resultado de un proceso de descomposición de la cosa, explicándolas como principios de los procesos de complejización que, en sí mismas, son sustancias. Lo quieran o no tanto la relatividad como la cosmología deben referirlo todo a las cosas singulares.

En el capítulo VII se estudia el movimiento de los cuerpos móviles, que comprende las realidades inanimadas y la automoción del viviente. Bastit lo enmarca en la doctrina de la potencia y el acto, de manera que el movimiento es “*más dinámico que cinematográfico*” (p.137). Galileo despega el movimiento de su principio agente y lo reduce a la sucesión de las posiciones del móvil. Esta posición, transmitida a la física, acaba por matar el movimiento, reduciéndolo a una sucesión de inmovilidades. Pero el movimiento dice un cuerpo móvil capaz de ser movido en cuanto que está en potencia de moverse. Bastit explica que, como ya vio Aristóteles (*Met.1046^a6-8*), la matemática tiene dificultad para expresar la potencia y el acto. Por eso no debe confundirse la modelización matemática y la realidad del movimiento. El movimiento está testificado por la presencia de un sujeto realmente móvil.

El capítulo VIII aborda los tiempos de los movimientos. La física de la relatividad niega un tiempo absoluto y abstracto al modo de Newton, independiente de los objetos reales. Un tiempo psicológico ligado a las cosas podría permanecer en la relatividad. En cualquier caso, el tiempo, relativo o no, debe permanecer asociado al darse móvil de las cosas.

En el capítulo IX se estudia el límite y la unicidad del universo. Desde Giordano Bruno y Newton se habla de la infinitud espacial del universo postulando un espacio infinito real donde el universo se sitúa. Para Bastit el universo es espacial y actualmente determinado, y una expansión ilimitada es meramente potencial. Sobre el universo infinito se dice que está fuera de la observación de quién se encuentra al interior de este. Por lo demás si el universo ya es infinito no sería expandible. En cuanto a los universos paralelos no es posible concebir cómo se comunicarían entre ellos.

El universo es uno y finito, crece y envejece, porque no es necesariamente limitado en lo temporal.

El capítulo X versa sobre las causas tal como aparecen en la física y en la Física. Se destaca la influencia de la interpretación de la

causalidad de Hume entendida como una sucesión de hechos totalmente separados entre ellos, hechos que aparecen juntos pero no conectados. Kant, queriendo salvar la causalidad, termina de suprimirla al reducirla a un dato de la construcción subjetiva. Ni el espacio ni el tiempo ni la causalidad son captables en la experiencia, tan solo la sucesión puede constatarse.

Pero es preciso rescatar un elemento de la posición de Hume: el contacto físico entre los objetos. Esta circunstancia permite distinguir la causalidad por contacto de una hipotética causalidad a distancia. Pero a esto debe añadirse la positividad de la causación. El contacto aparece como necesario para la causación física, pero no es una necesidad metafísica, porque siempre puede aparecer una causa impediendo.

Además, el choque de una bola con otra supone un movimiento y una energía aportada por una sobre la otra. La carga energética reside en el agente antes de ser parcialmente transmitida al paciente, y en la medida que este es capaz de recibirlo.

Sin embargo, la causalidad exige un acceso más metafísico. Causa es un término concreto que refiere un efecto concreto. Bastit envía a M. Artigas y su estudio de la estructura, dinamismo y direccionalidad de las sustancias, *La Inteligibilidad de la Naturaleza*, Eunsa, 1995. La causa tiene capacidad de influir en el efecto de modo que hay una asimetría entre ellos que implica la dependencia del efecto respecto de la causa.

La sustancia es causa por su esencia que determina su capacidad de causar. De manera que si en el orden de la sustancia *actus sequitur esse*, en el orden del causar *esse sequitur actus*. La ciencia conoce desde la experiencia las leyes universales del obrar de las cosas, pero las causas son siempre sustancias concretas productoras de efectos concretos. La ciencia encuentra la falibilidad de la ley y de la causalidad, pero la Física descubre la regularidad causal *ut in pluribus*, ya que solo es alterada por una causa impediendo, que puede obedecer a la propia debilidad de la sustancia agente.

Los desarrollos efectuados están en el plano de lo mesocósmico, las realidades próximas al observador humano donde la ciencia puede ver la finalidad del obrar, sobre todo en el mundo de lo biológico. La pregunta es si ese esquema es trasladable a lo macrocósmico y a lo microcósmico. Lo estudia en la física relativista y en la física de partículas, que es donde más puede verse la transferencia de energía como un proceso causal, como aparece en la

cosmología del modelo estandar. Las partículas se mueven mecánicamente y no con la autonomía del animal, pero dicen un proceso dinámico y tendencial.

De lo que se concluye que la causalidad no es un ente de razón ni un *a priori* voluntarista sino la admisión y comprensión de un hecho físico. Cuando Hume juega al billar él mismo conoce su propia causalidad al impulsar la bola con el taco, siendo perfectamente consciente que, sin su obrar, no solamente la bola no se desplaza, sino que tampoco se explica la dirección en la que se mueve. Cabría añadir el acto mismo voluntario sin el cual no hay imperio de las potencias para golpear la bola con el taco.

En el capítulo XI se trata de la Causa Primera. Bastit recuerda que su objetivo es dar con la causa primera del movimiento de los entes en Física y metafísica. De la lectura de los datos de la relatividad y de la cuántica concluye que aparece en ellas la capacidad causal de los cuerpos, portadores de potencia de comunicar energía a otros. Desde allí es posible buscar una primera causa en Física. El proceso discurre por reconocer la necesidad de una primera causa del movimiento porque una cadena infinita de causas movientes y movidas sería contradictoria por anular todo movimiento.

La cosmología propone diversos modelos, de los cuales indica el de Gödel, el de Hawking, y el modelo estandar. Tras presentarlos brevemente expone así el argumento buscado: los cuerpos se mueven, y todo lo que se mueve es movido por otro porque está en potencia de ser movido y el moviente está en acto de mover. Pero es imposible que algo esté en potencia y en acto a la vez bajo el mismo respecto. Si el motor se mueve para mover debe ser movido por otro motor en acto, pero no puede admitirse una cadena infinita porque no habría ningún movimiento, de donde debe haber un primer motor no movido por otro. A pesar de la clara dependencia Bastit niega que su exposición asuma la primera vía de Santo Tomás. El primer motor se identifica con Dios porque el primer motor se corresponde con la significación del nombre de Dios.

En el capítulo XII presenta algunos principios de teología natural sin intención de hacer un desarrollo detenido. Para Bastit la prueba del movimiento es física pero el primer motor es solo acto, es decir simple e inmaterial, lo que implica una sustancia inteligente, perfecta e inmóvil, pero también necesaria, buena, única y bella. Es inteligente y se conoce a sí mismo, con independencia de los objetos exteriores a él. Siendo una realidad intelectual es persona. Lo primordial es que ese primer motor es el *Esse* y su *Esse* es su esencia.

Dios es eterno y activo, crea eficientemente y es fin de la actividad de las cosas creadas. Bastit hace notar que no ha hablado de creación, la que la tradición judeocristiana afirma como *ex nihilo*. Se pregunta si debe hablarse de producción, como el dios alfarero u herrero de los mitos o el mismo demiurgo platónico, que operan sobre materia preexistente o bien de creación *ex nihilo*. Cuando una sustancia causa otra se trata de una cierta producción, donde hay una comunicación de una forma a una materia. Todas las realidades hilemórficas del universo son abarcadas por la composición materio-formal. Pero la materia es pura potencia y nunca se da sin una forma. Bastit explica que puede concebirse una eternidad cronológica de la materia, pero nunca sin entenderla como dependiente de un principio que la haga ser. De modo que aún ella exige ser creada *ex nihilo*. Por lo demás, la misma actualización del ente móvil exige ser realizada desde sus principios hilemórficos.

Bastit reconoce en la metafísica de Santo Tomás el sentido propio de la creación y la preservación de la causalidad de la creatura, pero no presenta a Dios como *dans esse* ni explicita el *actus essendi*, limitándose al cambio sustancial de las realidades corpóreas. Se indica sí la analogía del ente. La creación muestra la omnipotencia divina y su bondad.

La doctrina hilemórfica es plenamente compatible con la cosmología basada en la física de partículas, entendiendo el desarrollo del universo como un proceso de complejización apoyado en la virtualidad de los elementos y en un apetito de integración que introduce una causa final ordenada desde el Primer Principio.

La creación dice la dependencia radical de cada cosa en su ser, porque no puede causarse a sí misma, aunque, como causa segunda, pueda causar una novedad en la realidad corpórea.

La creación demuestra a Dios y descalifica numerosos mitos y supersticiones religiosas. Lo que no significa que la filosofía sea una nueva religión. La verdadera religión sigue a la Revelación del mismo Dios. Pero la Teología Sobrenatural necesita de la metafísica para apoyarse en un conocimiento preciso de aquello que es revelado.

En la conclusión Bastit subraya que la demostración filosófica de Dios debe partir de las cosas de experiencia que no se explican por sí mismas. La filosofía, como Física o Metafísica debe completar el conocimiento de la física, marcada con la impronta de la interpretación humeana de la causalidad. Pero aún la metafísica como sabiduría puede ser transcendida en el ámbito de la Revelación.

De la lectura de la obra se desprende el acierto de afirmar la necesidad de una demostración causal de la realidad del mundo físico, lo que queda fuera del método de la ciencia experimental pero también de la filosofía de la naturaleza. El sentido de partir del movimiento es plenamente válido. La impresión que resulta de la posición de Bastit es que sitúa la prueba en el orden de la Física, cuando es una demostración estrictamente sapiencial. La filosofía natural procede por *abstractio totius*, de modo que no considera el *actus essendi*, que es la explicitación propia de la metafísica, la *separatio secundum esse*, que le permite alcanzar la máxima universalidad al incluir las sustancias simples y resolver todo ente en Dios como causa de su realidad.

La argumentación de Bastit se resiente por una insuficiencia metafísica al no poner en primer plano el *actus essendi*, el cual juega un papel en el movimiento, porque este no se reduce a un paso de la potencia al acto, sino que implica un cierto ser, porque es *actus imperfectus et imperfecti*, como enseña Santo Tomás. El autor oscila entre la física y la Física y pretende que la prueba por el movimiento sea estrictamente de filosofía natural, para ser luego asumida por la metafísica. Del hecho de que Aristóteles incluya la prueba del Primer Motor en su Física no se sigue que la prueba no sea metafísica, porque busca explicar la causa de que algo que está en potencia de mover pueda ponerse en acto de mover y que mueva. Ese paso de la potencia al acto no se da únicamente por influjo del Primer Motor al motor que inicia el proceso de subordinación del movimiento, sino que alcanza a todos los motores ordenados en el presente, porque ningún motor puede ponerse en acto para mover si no es movido por Dios, aunque la condición para moverse, y por ende para la intervención divina, dependa de una causa motora finita que lo dispone para ello.

El libro de Bastit constituye un esfuerzo interesante para poner en relación la experiencia de las cosas, el conocimiento científico experiencial, el desarrollo filosófico de los principios del hilemorfismo y la demostración de Dios, si bien la perspectiva propuesta no sea estrictamente la de Santo Tomás, porque no parte del ente en su composición de sujeto-esencial y *actus essendi* ni va directamente a la creación como causación del *esse*, ni tiene en cuenta la subordinación causal en la operación de la creatura, con lo cual se resiente demasiado la profundidad del discurso en su aspecto estrictamente filosófico.

LUIS FERNÁNDEZ